

A photograph of a broken watch and a pair of glasses on a white surface. The watch has a gold-colored metal link bracelet and a white face with a black dial. The glasses are gold-colored with a simple, rounded frame. The entire scene is overlaid with a cracked glass effect, with white lines radiating across the image. The background is a soft-focus, light-colored fabric.

ROSARIO MORENO

CARIÑO MALO

**LA VIOLENCIA DEL HOMBRE HACIA LA MUJER EN LA CLASE
ALTA CHILENA RELATADA POR SUS PROTAGONISTAS**

En el marco de una cuarta ola feminista, cada vez son más las mujeres que se atreven a denunciar cuando han sido víctimas de violencia intrafamiliar, visibilizando una realidad tan terrible como extendida en nuestra sociedad. Lo que no encontramos es a mujeres de la clase alta chilena hablando de esto; ¿es que en la elite la violencia del hombre hacia la mujer no es un problema? «Tras caras y cuerpos delgados, ojos verdes y azules cristalinos, pelos rubios y manos finas, se escondían historias desgarradoras que uno nunca pensaría que ocurren en la clase más educada, con más tradición y riqueza de nuestro país», cuenta la periodista Rosario Moreno en la introducción a *Cariño malo*, un libro de denuncia periodística que –en una visión panorámica– reúne 76 testimonios no solo de mujeres víctimas de abuso psicológico, sexual, físico o económico, sino también de testigos, jueces, médicos, carabineros, etc. Este proyecto pretende poner fin al silencio sepulcral que protege a una sociedad que disimula los golpes, castiga el escándalo y se guía demasiado por el qué dirán. Es también una iniciativa que busca ayudar a otras mujeres que están –solas– viviendo este infierno, así como crear discusión para modificar ciertas políticas públicas que aborden los vacíos legales y la falta de instrumentos jurídicos para poner fin a este flagelo.

Dedicado a todas las Amelias
que han callado,
a las que se han atrevido y a las
que romperán sus ataduras...

Agradecimientos

Gracias encarecidas a todas las fuentes que dieron sus testimonios para que este libro de denuncia periodística viera la luz. Especialmente, a las mujeres de la clase alta chilena, víctimas de abuso psicológico, sexual, físico o económico por parte de sus parejas, ya sea casadas o pololeando, y de tres generaciones, pues hubo mujeres valientes, desde los diecinueve a los setenta y un años, que relataron –descarnadamente– lo que se sufre en una sociedad que disimula los golpes, castiga el escándalo y se guía demasiado por lo que pueden opinar sus pares.

Les agradezco también porque, si bien al ir oyendo sus historias la tarea se hizo cuesta arriba, me dieron la fuerza para seguir. Sentía sus voces y soñé con ellas. Una de estas mujeres me regaló una escultura de un ave que encumbra el vuelo y la instalé afuera de mi escritorio. En minutos de flaqueza, la miraba en paz, y volvía a escribir. Tenía que terminar esta encomienda, porque hay que gritar al mundo lo que muchos saben, pero esconden.

Quiero reconocer también a las que quisieron hablar, pero luego se arrepintieron. Es que el miedo muchas veces es más fuerte y, a medida que me fui adentrando en esta investigación, no solo lo fui entendiendo, sino que empatizando con él. Sus conversaciones y encuentros igual aportaron, y mucho.

Hubo dos jóvenes periodistas que perseveraron en querer participar de la investigación del libro. Fue tanta su insistencia, que finalmente formaron parte del proyecto y fue un tremendo acierto. Muchas gracias a Sofía del Río Rau e Isidora Lermenda Aguirre. Me enseñaron, una vez más, que en las nuevas generaciones también hay hambre de aprender, colaborar y hacer un buen trabajo.

A mi familia; sin su apoyo, yo no sería. Muchas gracias a Felipe y Rosario, por el ánimo, la paciencia y el cariño incondicional. Lo son todo.

Asimismo, a editorial Planeta y sus colaboradores, por apoyarme nuevamente con gran profesionalismo a denunciar este tipo de prácticas con las que debemos terminar. Si todos nos levantamos, es algo que podemos lograr.

Gracias especiales a Carabineros de Chile, al Servicio Médico Legal, al Tribunal Eclesiástico, a la Subsecretaría de Prevención del Delito, al SernamEG, jueces de familia, siquiatras, sicólogos, ortodoncistas, familiares de víctimas, trabajadoras de casa particular, peritos forenses, centros de apoyo, abogados de familia y penalistas, etc., porque sus miradas fueron de gran ayuda en la investigación. Habría sido de gran utilidad que la Fiscalía Nacional Oriente o Nacional hubiese participado, pero, luego de insistir en reiteradas ocasiones para tener su versión oficial, no hubo respuestas afirmativas. Igualmente, el libro incluye testimonios de exfiscales y de personas ligadas hoy a la Fiscalía. Muchas gracias a estos últimos.

Prólogo

Supe que estaban haciendo este libro por casualidad. Alguien le contó a mi mamá que había una periodista investigando el tema del maltrato del hombre hacia la mujer en la clase alta chilena. Y sin saber muy bien cómo, me llegó el contacto de Rosario Moreno. No dudé un segundo en escribirle, en hablar con ella, en querer contarle. Soy así, un poco impulsiva cuando creo que algo se debe hacer; muchas veces no mido las consecuencias.

En mi entorno, se tomaron de distintas maneras que estuviera dispuesta a dar mi testimonio. Mis amigas me decían que era valiente al querer hacer público algo tan humillante. Mi hermana, como yo, opinaba que había que hacerlo. Mi pareja actual, en cambio, me preguntaba para qué, cuál era la necesidad de revivir el dolor si ya estaba en el pasado.

La verdad es que he pensado mucho en la razón que me motivó a hablar. No es la venganza: han pasado años y él ya no me importa. No es valentía tampoco, no lo siento así. Lo que me impulsó a participar de este libro fue recordar la soledad que sentí por años.

Fui maltratada durante todo mi matrimonio y gran parte de mi pololeo de manera psicológica, física, económica y sexual. Y nunca se lo dije a alguien. No me atrevía. Me daba vergüenza. Pensaba que nadie me entendería. No conocía a otra mujer a la que le estuviera pasando algo así.

Creo que un libro como este, en ese momento, hubiera sido un gran apoyo, una ayuda en la soledad que sentía. ¡Saber que no era la única!, que había más mujeres como yo, calladas, viviendo un infierno en sus casas.

Acordamos un día y una hora con Rosario y nos juntamos. Estaba nerviosa. La noche antes empecé a recordar

detalles de mi «vida anterior». Así la llamo, algo como un «antes y después de Cristo»: el infierno que viví antes de separarme y la paz en la que vivo desde que lo hice... Fue difícil volver a sumergirme en el pasado.

Cuando comencé a contar mi historia, me di cuenta de que había olvidado muchos detalles de fechas y lugares, pero las sensaciones seguían intactas. La angustia y el dolor de guata volvían con los recuerdos. Me imagino que el cuerpo es sabio y que olvida muchas cosas para seguir avanzando, para poder seguir viviendo.

Casada estuve al borde de la desnutrición, casi anoréxica. Y no es que no quisiera comer. Es que no podía. Vivía con el estómago apretado, hecha un nudo, y al tragar tres bocados, no podía más.

Si sonaba el teléfono y era él, en una de sus diez llamadas diarias; si sentía sus llaves en la cerradura de la puerta de nuestra casa; si lo escuchaba en la mañana hojear el diario; si lo sentía meterse en mi cama y tocarme... todo, simplemente todo hacía que mi cuerpo reaccionara físicamente a su presencia y no quisiera recibir alimento alguno. Hoy, diez años después de mi separación, tengo cáncer.

Al contar mi historia, al volver a recordar, me di cuenta de que una cosa es olvidar, y otra distinta, superar. Y que tal vez mucho ya está olvidado, pero no cien por ciento superado. Hice años de terapia. Empecé unos meses antes de tomar la decisión de separarme y seguí por varios años más, hasta que sentí que podía con mi vida. Ahora que he recordado todo esto, creo que la necesito otra vez. Y no me avergüenza decirlo. Ya aprendí a pedir ayuda cuando la requiero.

Una vez terminada la entrevista, fui directo a ver a mi hermana. Quería comentarle la conversación y, sobre todo, necesitaba que me abrazara en medio del llanto. Al pasar los días, empecé a recordar otras escenas de maltrato, otros tironeos, otros gritos, otras humillaciones. Se me

venían a la mente en los momentos más inoportunos: cuando estaba manejando, en el supermercado o en el trabajo. Y, de lejos, escuchaba la vocecita de mi hijo menor: «Mamá, ¿estás bien?» y ahí, de golpe, volvía a la realidad, respiraba profundo y me decía: «Todo ha pasado. Ya no estoy casada con él, ya no tengo por qué aguantarlo». Vivo tranquila otra vez.

Rosario me pidió escribir estas líneas. Me dolió el estómago cada vez que tuve que hablar con ella para afinar el texto o cuando le comentaba a alguien que se estaba haciendo este libro, pero siento que es mi deber ayudar y aportar para que otras mujeres no pasen por el calvario que viví yo.

Me encantaría poder firmar este prólogo con mi nombre verdadero. Decirle al mundo quién soy. Que vean mi cara. Sobre todo por esos miles de mujeres que siguen siendo maltratadas dentro de sus casas. Desgraciadamente no puedo. No por mí, sino, porque tengo que proteger a mis hijos. Él sigue siendo su papá. Y nos puede volver a hacer mucho daño...

Para el mundo seré Amelia, y espero que todas las Amelias que van por ahí en sus autos, aparentando que todo está bien, pero que en realidad llevan un cuerpo golpeado y un corazón roto, se sientan no solo representadas en este libro, sino que les traiga fuerza para cambiar sus vidas. No es fácil, pero es el primer paso para reconstruirse como mujer.

Así como yo hablé en esta publicación, también relataron sus historias muchas mujeres valientes de la clase alta chilena; muchas Amelias, porque el dolor y el maltrato no distingue clases sociales, ciudades, ni generaciones...

Hago también un llamado a que este libro lo lea la juventud: hombres y mujeres. Esto tiene que cambiar, porque pasa al frente y al lado de nosotros, y de ahí la importancia de prevenir. Yo puedo afirmar que mis hijos lo van a

leer, necesito que lo hagan, sin duda será una herramienta para poder decir «no» el día de mañana.

Amelia, 2021

Introducción

Miedo. Esa es la palabra que más se escuchó en el proceso de investigación de este libro. Las cinco letras de miedo se aparecían en cada párrafo de la transcripción de las cerca de seis mil páginas de entrevistas. Miedo en las caras y posturas de muchas de las mujeres entrevistadas; algunas lloraban amargamente, con angustia; otras tiritaban, unas pocas se arrepintieron de seguir hablando. Todo por el miedo, ese que abre la puerta a que te paralicen, anules, desprecies, humilles, te chantajeen, insulten, golpeen o violen.

Tras caras y cuerpos delgados, ojos verdes y azules cristalinos, pelos rubios y manos finas, se escondían historias desgarradoras que uno nunca pensaría que ocurren en la clase más educada, con más tradición y riqueza de nuestro país. Estamos en pleno siglo XXI y pareciera que nada ha cambiado. Ojalá esta investigación sea el primer aliento de una gran transformación necesaria, ahora, ¡ya!

Cuando comencé a reportear me puse como meta en un año entrevistar a veinte víctimas mujeres ABC1 que hubiesen sufrido abuso crónico psicológico, más abuso físico, sexual y económico por parte de sus parejas. La meta de un año se debió a que al revisar la literatura al respecto no existía ningún libro dedicado exclusivamente a esta problemática. Era tocado solo tangencialmente en libros antiguos, en un reportaje de alguna revista o en estudios y estadísticas. Realidad muy distinta a lo que sucede con las clases sociales más bajas, sobre lo cual sí existe material asequible y más actual. ¿Por qué ocurre esto?, al leer las páginas del libro el lector se irá dando cuenta.

En tres meses ya tenía a veinte víctimas que cumplían con el patrón: que además de violencia psicológica hubie-

ran sufrido violencia física o sexual, lo que se entiende como abusos más «objetivos». Las primeras entrevistas fueron muy duras, no podía creer lo que estas mujeres me relataban (además de ubicar a varios de los abusadores nombrados).

Ingenuamente, pensé que iba a ser un tema más bien liviano, más aún cuando venía saliendo de una investigación de dos años sobre el Servicio Nacional de Menores, Sename, junto a alumnos de Periodismo de la Universidad del Desarrollo. Sin duda, las cloacas y el lado oscuro del ser humano no distinguen barrios, clases sociales, sexos, etc.

Finalmente, el libro incluye treinta testimonios de víctimas directas; mujeres desde los diecinueve a los setenta y un años –tres generaciones–, para que el lector pueda apreciar si el tipo de violencia ha cambiado o no con los años.

Si bien las mujeres entrevistadas firman con seudónimo, por un tema de seguridad para sí mismas y sus hijos, sus edades y colegios de los cuales egresaron son reales. Entre ellos están los colegios Villa María Academy, Los Andes, San Benito, Las Ursulinas, Monjas Francesas, Mariano, Nido de Águilas, San Esteban, Apoquindo, Alemán, Universitario Inglés, La Salle.

Asimismo, entre los colegios de los victimarios, sobresalen el Verbo Divino, Tabancura, San Ignacio del Bosque, Cumbres, Alemán de Viña, San Esteban, Suizo, Padres Franceses, Craighouse, San Benito, Santiago College, Saint George. Es decir, estas malas prácticas y delitos ocurren tanto en colegios tradicionales católicos como ingleses, cuna de la elite tradicional del país.

De las entrevistas a las víctimas, también me llamó la atención que la mayoría prefirió mi casa para hacerlas, ya sea porque tenían niños chicos que podían oír o porque no querían mostrar el lugar donde vivían, ya que muchas,

luego de la separación, han quedado casi literalmente en la calle. Varias vivían de allegadas.

Hubo algunas a las que costó semanas convencerlas de que dieran su testimonio y otras que, al comenzar a correrse la bola de que se estaba haciendo este libro, me llamaron directamente para ofrecerse a participar.

Pasó de todo. Hubo una mujer a la cual le hice la entrevista que me llamó a las dos semanas para pedirme que fuera a su casa. Ahí me contó que no había podido dormir desde que había entregado su testimonio, que tenía miedo y que prefería no salir en el libro. Le expresé que no había problema, que la idea no era atormentar a nadie, pero fuerte fue mi impresión cuando me pidió la grabadora para borrar el audio de la entrevista. Si bien le dejé en claro que debía confiar y que una cosa así no se pedía, se lo iba a conceder, porque –le insistí– no quería atormentar a nadie más de lo mal que ya lo había pasado. Tomó mi grabadora de manera desesperada y buscó hasta apretar *delete*. Sin duda aprendí de esta y de muchas otras situaciones peculiares; todo aporta para entender el daño que han sufrido estas mujeres.

Con ciento ochenta horas de grabación en entrevistas sobre la vida de estas mujeres, había material riquísimo para realizar la investigación. Excelente noticia para el libro, pésima para la clase socioeconómica alta chilena que, como dijo una de las fuentes, «está enferma». Tanto así que, según los resultados de la Cuarta Encuesta de Violencia contra la Mujer en el Ámbito de la Violencia Intrafamiliar y en Otros Espacios (18 diciembre 2019-marzo 2020) [1], la violencia general hacia la mujer entre 2012-2020 subió de 32,6% a 41,4% (mujeres que reconocen haber sufrido violencia al menos una vez en la vida).

Si tomamos solo un año, en 2020, 21,7% reconoce haber sido víctima. Y según grupo socioeconómico, el grupo ABC1 ocupa el 12,7%, frente a una clase media de 17,3% y una baja de 26,8%. En este último estudio resalta que la

mayor violencia se da entre el grupo etario entre los diecinueve y los veinticinco años con 34,5% en el último año, seguido por el rango de los quince a dieciocho años, y, en tercer lugar, de veintiséis a treinta y cinco años. Preocupa que el indicador de denuncia presenta una baja significativa respecto de la medición anterior (en violencia física pasa de 36,5% a 29%, y sexual, de 23% a 16,3%, lo que podría significar el aumento de una cifra negra que no llega a la policía. Sería relevante saber el porqué, que en cierta medida lo informa este mismo estudio, ya que muchas de las entrevistas dijeron que no denunciaron, porque «no fue algo serio y no lo consideré necesario», «me daba vergüenza contar mi situación», «tuve miedo» y «porque no creo que denunciar sirva o había denunciado antes y no pasó nada»).

En un estudio anterior realizado por la Subsecretaría de Prevención del Delito^[2], en la vida de una mujer entre sus quince y sus sesenta y cinco años, nos encontramos con que han sido víctimas de violencia psicológica, física o sexual un 43% en la clase baja, 35% en la media y 31% en la alta.

Haciendo lupa a la violencia física: a un 9% de las mujeres de clase alta las han golpeado, versus un 20% en las clases bajas. Lo interesante es que, en la baja, la tendencia ha disminuido, mientras que en la alta ha aumentado, en ambos casos, en dos puntos porcentuales. En la violencia sexual, en tanto, 2% dice haberla sufrido en el estrato alto y 8% en el bajo.

Se debe aclarar que estas son cifras oficiales, que seguramente son más bajas que los números reales, porque, como dicen los expertos en este libro, existe una gran cifra negra de la gente que no se atreve a decir que es víctima de violencia ni siquiera en un estudio o encuesta anónima.

Ahora, si nos comparamos con otros países de la región donde se mide violencia física o sexual, figuran Bolivia con 27,1%, Colombia con 16%, Perú con 10,6%, Méxi-

co con 9,5%, Estados Unidos con 6,6% y Canadá con 1,1%. Es decir, Chile está, tristemente, dentro de los punteros (se debe aclarar, no obstante, que se trata de estudios distintos que pueden utilizar mecanismos de muestra alternativos)^[3].

Otro dato relevante a nivel regional es que si bien «el 90% de los latinoamericanos consultados sobre si la violencia intrafamiliar es un problema importante o algo importante responden positivamente [por lo cual] la magnitud de los datos contrastan con la leve presencia del tema en las agendas políticas, la escasez de recursos y el comportamiento del sistema judicial, lo que deja en evidencia la brecha entre la demanda ciudadana y la respuesta del Estado».

Dentro de los testimonios que incluye *Cariño malo*, una de las violencias potentes en la clase alta es la económica, y aquí es muy interesante lo que incluye un estudio del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) al respecto, y que se replica en las quejas de las entrevistadas una vez que deciden separarse: su golpeador la sigue violentando de la manera que puede, y una muy fuerte es el dinero. Además, se toca algo que se verá en profundidad en este libro, y es que existen vacíos legales y falta de instrumentos jurídicos para romper esta violencia económica. Agrega el estudio del PNUD que «los procesos [legales] son largos, los deudores tienen en general muchas vías para evadir los pagos, y las cifras fijadas por la vía judicial suelen ser muy bajas como para cubrir las necesidades de las personas que demandan pensión alimenticia». En Chile, 84% de quienes están demandados por pensiones alimenticias no mantienen los pagos al día, lo que afecta a cerca de setenta mil niños a nivel nacional, según datos del Ministerio de Desarrollo Social y Familia. Ante esta realidad, en 2020 se anunció un proyecto de ley que propone ingresar al Boletín de Informaciones Comerciales, también conocido como Dicom, a quienes mantie-

nen deudas de pensiones alimenticias, proyecto de ley que aún se encontraba en trámite al momento del cierre de este libro.

Asimismo, con la aprobación de dos retiros del 10% de las pensiones desde el sistema de AFP durante 2020, se instruyó que se entregara por parte de los deudores el porcentaje de dinero que hubiesen retirado y ser entregado a las madres, a favor de las deudas por pensión alimenticia. De acuerdo con la Superintendencia de Pensiones, a 1 de diciembre del 2020 las administradoras habían pagado el 57,4% de las solicitudes realizadas durante el primer retiro. Al cierre de esta investigación, en el Congreso se aprobó una indicación que estipulaba el retiro forzoso para deudores de pensión, por lo que en este segundo retiro se podría pedir el 10% aunque el padre no haya solicitado el dinero.

Por todo lo anterior –y lo que se descubrió realizando la investigación–, es que el objetivo de este libro es denunciar que, en pleno siglo XXI, un importante porcentaje de las mujeres de la alta sociedad chilena son maltratadas por sus parejas, a pesar de que sea un tema que no se habla ni se trate abiertamente, y que dentro del movimiento feminista que ha visto Chile estos últimos años y el movimiento político social que está ocurriendo, esta es una arista que no ha sido del todo abordada.

En los noticieros vemos la violencia intrafamiliar en los estratos socioeconómicos bajos, donde las mujeres se atreven a dar su testimonio y participar de los programas del SernamEG relativos a mejorar la convivencia marital o personal. De las clases altas no vemos casi nada. El hermetismo es sepulcral. Por ello este libro busca que se toque el tema, porque una vez que se comienza a hablar se transforma en realidad, y la realidad solo se puede cambiar conociéndola.

Un segundo objetivo es ayudar a las mujeres en general y a las de la clase alta, en particular, a que si están sien-